

chos caudales tributarios, podían entrarse con tanta soberanía en el inmenso Atlántico y limpiarlo de sus acerbidades y de sus amarguras.

Después de haber dado con este acierto, cometía un desacierto, trasladándose del campo de la observación al campo de la hipótesis en un vuelo y conduciendo las aserciones allende lo permitido á una sana lógica, en deducción é inducción infundadas y sin datos, por el carácter hiperbólico de una fantasía inquieta, si bien creadora y luminosa, con aseverar que no podía ser aquel recién inventado un mundo nuevo, sino la secular Asia, cuyos ríos parecíanle Tigris y Eufrates, por lo caudalosos, por lo amplios y largos, por lo fecundos y fecundantes, por lo parecidos al que corría en aquella sazón bajo las quillas de sus naves y endulzaba en todas direcciones el mar acerbísimo y amargo. Y, después de haber dicho todo esto, aún entraba más adentro y más arriba subía en fantaseos; creyendo haber dado con la región, donde un día estuvo el jardín edénico sin mancha ni sombra de nuestros primeros padres sin pecado ni culpa, según todo cuanto leyera en sus libros y observara en sus viajes, iluminado por los conocimientos que le suministraban sus propios estudios y por las revelaciones que había debido al cielo en sus ensueños y en sus plegarias, cuyos vapores lo sumergían en el éxtasis de un verdadero arrobamiento. Y cuando tales ideas por la mente le surgían en tropel, y de la mente le bajaban en borbotones á los labios, hablaba él, cual dentro de verdaderos transportes, á la manera profética, de Isaías, designando en sus versículos España,

la estrella vespertina, como reveladora del planeta todo y destinada en los planes providenciales á difundir el nombre de Dios por las últimas tierras y sus más remotos confines; de Salomón, dirigiendo tres naves en busca del Sopara, monte, á cuya presencia permanecieron estas naves tres años; de Alejandro, que quiso levantar el plano y designar el punto de la isla Trapabona en los espacios indios; hasta de Nerón, empeñado en expedir embajadores allende los templos de Júpiter Annón y allende los arenales del desierto Libio y allende las fronteras de todo lo explorado y conocido en la Nubia de su tiempo al fin de que le averiguaran y dijera donde nacían los manantiales verdaderos del Nilo, que las gentes de su tiempo se figuraban bajados al suelo desde la luna: imaginaciones diversas y vagas, demostrativas de como no había facultad en el descubridor que pudiese atrofiarse, cuando trabajaban todas á una, desde la sensibilidad hasta la inteligencia, por descubrir y revelar el orbe, según su misión verdaderamente celestial, y digna de colocarse por la humana gratitud junto á las más extraordinarias que hayan adivinado y cumplido los más inspirados profetas y los más excelsos redentores en la Historia Universal. Y llevado de sus profundas observaciones, mezcladas con sus múltiples fantaseos, hablaba de la tierra y su forma, diciendo no poder creerla esférica ó redonda del todo, sino más bien como pera de árbol ó mama de mujer, en cuyos pezones debía el Paraíso hallarse, por cuanto dijeron Beda, Escoto, Estrabón y San Isidoro, según sus recuerdos, escritos muy cerca del punto donde se acaba el cielo bo-



real y comienza el cielo austral, entre visiones dibujadas en su retina y en su pensamiento, no sólo por la evocación muy confusa de sus lecturas traídas á cuento en aquel extraño lugar y singularísima ocasión, por las corrientes magnéticas de aquellos espacios del globo y por los centelleos luminosos de las constelaciones, si no entrevistas, adivinadas por él en los comienzos de aquel nuevo hemisferio. Corrige al descubridor una parte de sus ideas, dictadas por incertísimas remembranzas y alucinaciones ciertas, el amigo y biógrafo suyo Las Casas, diciendo que no fueron á Sopara las naves de Salomón, sino á Ofir; registrando luego cuanto desde Ptolomeo hasta San Anselmo se ha dicho de la isla Trapabona, que hierve así en perlas como en elefantes, según concepto y sentir de Josefo, y está, según Pompinio, habitada por unas hormigas muy grandes, que sacan el oro de la tierra con sus uñas muy largas y lo colocan en montones como montañas; de lo cual no resulta sea la Española, según afirmara el Almirante, pues de serlo, no se verían los Septentriones, que son la Osa Mayor llamado Carro, y la Menor, que es la Bocina, como afirma Solino que no se ven de la Trapabona, reconocida por mandato del grande Alejandro, mientras todas estas constelaciones se ven desde la Española explorada por Colón, concluyendo tras largas disertaciones con todas cuantas noticias recogiera respecto del Nilo en sus prolijas lecturas, puestas como comentarios amplificadores á las notas colombinas, difusas todas ellas en esta *Historia de las Indias* precioso manantial de donde fluyen innumerables ideas, esclarecedoras del poema que se llama

la invención del Nuevo Mundo. Leed la relación del tercer viaje por Colón improvisada, y veréis junto á observaciones ingeridas allí por un infantil candor, noticias científicas como la hinchazón del planeta por su Ecuador y como las corrientes marinas en los abismos del Océano, juntas con efusiones líricas como la descripción del horizonte y del suelo. Así creía subir á las alturas, verificar una especie de ascensión divina, como si las velas de sus naves fueran alas angélicas para elevarse al Tabor de una transfiguración y desde la transfiguración reingresar en el renovado y rehecho Paraíso. ¡Cuánto se burla de tal concepto el prosaico criterio de aquellos que consideran la Naturaleza como un montón de fenómenos y la Historia como un montón de hechos y la Humanidad como un montón de individuos! Y bajo aquel cielo transparente y etéreo; en el diluvio de creatriz y animadora luz; al desagüe de ríos que parecían mares dulces; entre cabos relucientes como enormes murallas compuestas de multicolores pedrerías; á la vista de montañas puestas cual incrustaciones y relieves de lápiz lázuli y corales-rosa en los lejanos límites del horizonte; oliendo aquellos aromas, á cuyos efluvios la vida se dobla y la sangre se enciende; ante los cactus de reverbeos metálicos, los bambúes coronados por sedosa flor semejante á flexible y vistosísima pluma, los palmitos en el bajo suelo y los cocoteros en el alto aire, las acacias ceñidas de guirnaldas, las enredaderas festoneadas de ramilletes, la lluvia de hojas aromáticas, la nube de colibríes tornasolados, los arrecifes cubiertos de madre-perlas, el obscuro cacao de almendra



suave y dulcísima, los maizales infinitos, las palmas sonoras, la vegetación tropical cargada por su flora de iris inextinguibles; bien podemos justificar el que Colón se levantara entre tantas maravillas y tantos milagros enajenado, y creyera que, redimida la humanidad por Cristo y por su navegación rehecho el planeta, se había perdido toda memoria de la vieja culpa y se había reencontrado entre los mares y los cielos nuevos el antiguo Paraíso.

En estas expediciones, tan útiles, pero tan penosas, contrajo Colón una oftalmía que lo tuvo ciego, y una debilidad que lo tuvo como muerto. Así resolvió partirse á la Española, germen de todas las colonizaciones futuras y centro donde todos los radios de sus empresas debían á una juntarse. Fundadísimo cuidado el suyo, pues la isla, desde su ausencia, iba de mal en peor. Había tomado el gobierno por mandato suyo, que los Reyes aprobaron, el enérgico y tenaz D. Bartolomé, su hermano, con la dignidad y denominación de Adelantado. La capital del territorio quedaba erigida definitivamente á la desembocadura del Hozama, donde se constituyera Santo Domingo, ciudad que aun hoy conserva su nombre. Ya en Santo Domingo comenzó Bartolomé correrías hacia todas las direcciones posibles, mostrando en ellas á los indios el poder español y exigiéndoles el debido tributo. Estas expediciones tenían un carácter tan civil, que nunca se hablaba en ellas de ningún asunto religioso, sino del gobierno reconocible por los indios y del tributo prestable á los españoles. El piadoso Las Casas revuelve su pluma indignado contra tal descuido y lamenta que penetraran

allí los castellanos como conquistadores y no como católicos. Así, pues, con exclusivas pretensiones de poder y dominio enderezó Bartolomé sus pasos al río Deyba y entró en los territorios del rey Behechio. Sintieron mucho los naturales tal profanación de su territorio y se aprestaron á cortar el paso de los irruptores en abierta campaña. Mas ¿qué campaña podían sostener, observa Las Casas, ante lanzas y mosquetes con sus barrigas desnudas? A la presencia del extranjero los afectos de odio se trocaron en afectos de amistad; y un recibimiento de sumisión y homenaje sucedió al recibimiento de resistencia y de guerra. En vez de hallar un general, hallaron una diosa, la célebre Anacaona, que merecía figurar en los metamorfoseos de Ovidio y en los jardines de Armida. Sabia, poetisa, compositora de aretios ó danzas, agorera, verdaderamente reina, parecíase á las amazonas frigias exterminadas por Aquiles, á las sacerdotisas celtas puestas de pie sobre los dólmenes y bajo los robles para dirigir las plegarias del pueblo hasta las misteriosas divinidades del cielo. Una guirnalda de flores la coronaba; un manto de flores pendía desde sus hombros á sus plantas; en andas de flores iba y bajo un dosel de flores se asentaba; circuída por compañías de guerreros que la custodiaban y sendos grupos de doncellas á un lado y otro de su palanquín que la divertían trenzando y destrenzando bailes ideados por ella, en que tendían al paso con acompasadas cadencias palmas y ramilletes, cuyas hojas alfombraban el suelo y cuyos olores aromaban el ambiente. Alojaron á los españoles en cabañas muy compuestas; ofrecieronles hamacas muy



limpias; obsequiaronlos con panes de cazabí, guisados de hutía y vino de maíz; ofrecieronles alardes guerreros que llegaron hasta la realidad triste de verter sangre y que mataran mucha gente, si Bartolomé no lo impidiera con su piadosa intervención.

Cuando notificó éste al reyezuelo su decisión de imponer tributo, respondióle cómo extrañaba tal pretensión en el cristiano, careciendo sus dominios del oro tan requerido y buscado por los advenas. Pero, como le replicara Bartolomé que se satisfacían los dominadores con una porción de los productos cosechados, reconocióse tributario del Gobierno español con buena voluntad y muchísimo gusto. Yaragua se llamaba el territorio tan fácilmente sometido; y de Yaragua se partió Bartolomé á inspeccionar los establecimientos así de la Isabela como de Cibao y los demás erigidos en testimonio de la dominación española. El estado de la colonia dejaba mucho que desear, y las relaciones de los colonos hispanos con las tribus indias molestaban á éstas resignadas con la obediencia y tributación, pero no conformes con el dominio continuo de sus altivos señores. Así, llegaron á concertar los molestados una formidable insurrección y á poner en cabeza de ella con empeño al cacique Guarionex. Salió éste al campo llevando unos 15.000 hombres mal contados, y aunque intentó arremeter con furia, cayeron todos con espanto rotos, y cayó él mismo prisionero. ¿Quién resistiría al empuje de los caballos, el peso de las armaduras, el estrago de los mosquetes? Los rebelados pedían á gritos y lloros, en el suelo revolcándose como

niños, la suelta de su cacique, muy creídos de ganar con lágrimas lo perdido en las batallas. El influjo de la civilización sobre la barbarie se nota, y el dominio natural de los descubridores en circunstancias así. Cuando, en visita hecha de nuevo por Bartolomé á Yaragua, mostró los barcos y disparó los mosquetes, indios de todas clases cayeron derribados de terror, suponiendo aquel trueno como bajado de las nubes á la tierra; los autores de tal fulminación verdaderos dioses; y templos celestiales aquellos barcos movidos por el viento que gemía en sus velas. Así, el tributo creció, pero no menguaron los males. Pagaba el indio demasiado y no recibía el español sustento de tal tributo. Como, donde no hay harina todo es mohina, un criado del Almirante se alzó en armas á expresar las dolencias y á tomar los desquites. Llamábase Francisco Roldán y ejercía cargo de Alcalde mayor de la isla, por investidura del mismo contra quien se rebelaba en su criminal ingratitud. El temperamento despegado de Bartolomé le sirvió á la insurrección, que tenía disuelta en su sangre. Y deseoso de arramblar al torrente de su cólera todo lo encontrado en torno suyo, airó á los indios porque pagaban el tributo con excesivas creces, y á los españoles porque no lo recibían íntegro ni con él remediaban sus necesidades. Tumultuó los carpinteros y aserradores que fabricaban carabelas, cogió bueyes de las vacadas y potros de las yegudas Reales, alzóse con las llaves de los almacenes y redujo los gobernadores á tal aislamiento y encierro, que desde las fortalezas debían comunicarse con él por medio de enviados, y si faltaban



éstos, con previo y formal seguro. Don Bartolomé mismo, que andaba de tranquila excursión exploradora entre los indios, necesitó refugiarse contra los cristianos en los fuertes más próximos al sitio de estada. Y á la vista del fuerte acudió Roldán, hablando desde abajo con el Adelantado, constreñido á guarecerse tras angostas ventanas y aspilleras. Y como éste le arguyese con su rebeldía y le jurase á dejar una vara de Alcalde convertida en lanzón de faccioso, mofóse mucho de sus frases, volviéndole con menosprecio la espalda y merodeando á su arbitrio por todas partes, con lo cual padecían los indios, pues las dos castellanas huestes, la fiel y la traidora, se metían á esclavizarlos para conducirlos al mercado y granjearse así desmedidos lucros.

Llevando ancha vida, Roldán arrastraba consigo á la gente de mal vivir, y campaba por sus respetos al extremo de tener en cerco y sitio al Adelantado, quien lo pasara muy mal si, como auxilio venido del cielo, no llegaran unas carabelas expedidas en los comienzos de su tercer viaje por el Almirante y no le aportaran morales y materiales recursos. Pero como los indios recibieran el choque de todos, y tocaran grandísimo detrimento en sí propios y en todo lo suyo, subleváronse hasta los más apartados, como las tribus ciguayas, quienes rompieron en guerra y cerraron en formidable combate con los nuestros, saliendo, según dice un historiador del tiempo en su lenguaje sencillo, maltrechas y desbarrigadas. Los cuatro caudillos ó caciques indios mayores de la isla, Guacanagari, Caonabo, Mayonabex y Guarionex fueron sometidos

á los españoles, el primero de grado suyo, los demás por fuerza y violencia de armas. Al caballo, al mosquete, al hierro de las espadas y al fuego de los tiros juntó el Adelantado los perros de presa, que la hacían horrible por todo extremo con sus voraces dientes en las carnes del desnudo indio, y las destrozaban en humeantes y cruentísimos pedazos. ¡Tristezas eternas de la Humanidad en su Historia! Y así las cosas, un viernes, postrero día de Agosto en el año 1498, arribó Colón á Santo Domingo. Después de haber abrazado con efusión al gobernador, enteróse con dolor del entuerto de Roldán, y se propuso enderezarlo con celeridad. Por todo se podía pasar, menos porque, despachados nuevos correos, llegasen á Castilla cuentos de rebeliones y desastres, desdorosos para las empresas seguidas en esta sazón é impositivos de las empresas futuras. Colón, después de haber puesto á recaudo cuantas fortalezas y pertrechos pudieran caer en manos de los rebeldes, promulgó una orden autorizando el regreso á Castilla de todos los colonos malhallados con su condición y suerte, así como diputó embajadores á Roldán, conminándolo para que reconociese su falta con sinceridad y á partido se diese con dulzura, segurísimo de obtener perdón por lo pasado y favor en lo venidero. Pero, á la manera feudal, contestáronle Roldán y los suyos que les desplacía mucho volver á su obediencia, le demandaban la venia para despedirse de la vivienda que con él tuvieron anteriormente convenida y ajustada. Humilde carta respondió Colón á este desacato, en la cual carta le decía su muy amado amigo al faccioso, y le contaba como